

R.44385

M.

18513

INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD
MONOGRAFÍA NÚM. 1

fo 486 (13)

D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

(Crónica de la velada necrológica dedicada a su memoria en el Instituto
Nacional de Sanidad, el día 26 de octubre de 1934.)



M A D R I D

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD

1 9 3 4

INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD
MONOGRAFÍA NÚM. 1

BIBLIOTECA UCM



5301480505

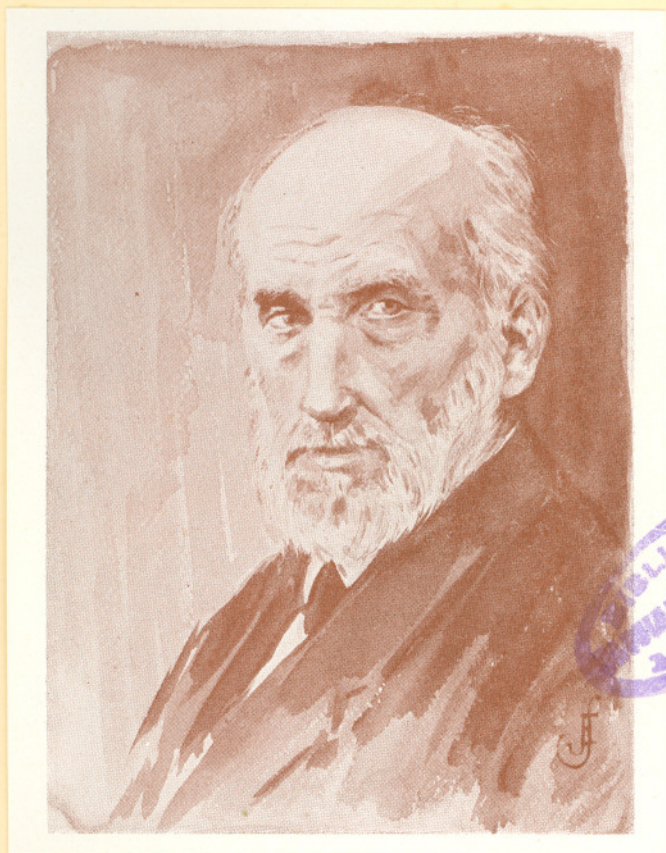
D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

(Crónica de la velada necrológica dedicada a su memoria en el Instituto
Nacional de Sanidad, el día 26 de octubre de 1934.)



M A D R I D
PUBLICACIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD
1934

X-53-122603-3



† D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

Dibujo del Dr. Estellés.

El Instituto Nacional de Sanidad, al iniciar sus publicaciones, se honra dedicando la primera de ellas a la memoria de D. Santiago Ramón y Cajal. El Instituto debe éste y todos los homenajes a quien como maestro, y como creador de una de sus secciones, merece muy especialmente la gratitud, la admiración y la veneración afectuosa que de todos los españoles debe recibir quien de tal modo dió a su patria gloria y crédito.

El día 17 de octubre murió D. Santiago Ramón y Cajal.

La ceremonia de su entierro pasó casi sin que lo notasen las muchedumbres, lo mismo que no había llegado a ellas su obra, sino la resonancia de una gloria que en las mentes sencillas tenía algo de valor mítico. Fué un acto sencillo, modesto, recogido y sin oropel, como había sido su vida ejemplar. Cuantos asistieron le conocían, le admiraban y le querían.

Luego hubo algunos actos académicos, llegando la hora de los solemnes honores oficiales. Ninguno de ellos será más sincero ni más sentido que la sesión que se le dedicó en el Instituto Nacional de Sanidad.

En él se unió a la voz de sus discípulos la de las altas autoridades oficiales.

En la presidencia se sentaron con el Excmo. Sr. Ministro de Trabajo, Sr. Anguera de Sojo, y el Ilmo. Sr. Subsecretario de Sanidad y Asistencia pública, Dr. Bermejillo, el hijo del maestro y profesor del Instituto, D. Jorge Ramón Fañanás; los ex Directores generales, Dres. Verdes Montenegro, Palanca y Pascua; el Director del Instituto, profesor Pittaluga; los Subdirectores del mismo, antiguos directores del Instituto Nacional de Higiene y del de Farmacobiología, profesores Tello y Hernando; el Inspector provincial de Sanidad de Madrid, Dr. Bardají; el Secretario del Instituto, Dr. Mestre; los Inspectores generales de Sanidad, Dres. Cortezo, Orensanz y Ruesta, y el Dr. Partearroyo, Director de la Enfer-

mería de Chamartín; y en los estrados, y entre el público, representantes de todas las entidades culturales, profesionales, médicas y científicas de todo orden. Estuvieron representadas las Direcciones generales de Ganadería y Agricultura, las Facultades de Medicina y Farmacia, la Escuela Superior de Veterinaria, el Instituto de Biología Animal; todas las Instituciones dependientes de la Sanidad con numerosos representantes de los funcionarios sanitarios destacados en provincias, Academias nacionales, Colegios oficiales, Sociedad Española de Higiene, Consejo de Sanidad, diplomáticos, representantes de la Beneficencia oficial, Escuelas de Ingenieros y Arquitectos, de las Sociedades culturales médicas y farmacéuticas; de cuanto, en fin, es exponente de la cultura española, brillantemente representadas todas las entidades por sus personalidades más destacadas.

No recordamos solemnidad científica alguna en que se haya reunido tanta y tan brillante representación y un público tan selecto, tan numeroso y tan henchido de emoción.

A las seis y media comenzó el acto.

EL SECRETARIO GENERAL DEL INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD

DR. D. FEDERICO MESTRE

comenzó diciendo :

En mi calidad de Secretario general de este Instituto me corresponde el papel protocolario, que interpretaré con la brevedad y la discreción convenientes y necesarias, de daros cuenta de la iniciación, organización y desarrollo de este acto.

Como ninguno de vosotros ignora, D. Santiago Ramón y Cajal fué el fundador técnico y el orientador científico de esta casa, así como otros fueron los fundadores en el orden administrativo y legal, y era obligado que en ella, y por iniciativa de su actual Director, Dr. Pittaluga, surgiese la de celebrar una sesión pública dedicada a su memoria y en su homenaje. Y era obligado también que los sanitarios españoles, formados en su casi totalidad en este Centro, respondiesen fervorosamente y sin excepción a nuestra llamada.

Y así, con esa sencilla facilidad con que aparecen y se desenvuelven las cosas que brotan espontánea y directamente del corazón, nos encontramos en este acto, en el que vais a oír las palabras elocuentes, y seguramente emocionadas, del Dr. Bardají, Inspector de Sanidad de esta provincia, que hablará en representación del Cuerpo de Sanidad Nacional en pleno, especialmente de aquellas ramas que aun cuando formadas y ampliados sus estudios en este Instituto, no pertenecen a su plantilla ; del Dr. Hernando, Jefe de la Sección de Farmacobiología y Presidente del Consejo Nacional de Cultura ; del Dr. Tello, sucesor y continuador directo e inmediato de don Santiago en la dirección y labor científica de este Instituto ; del Dr. Pittaluga, actual Director de la Institución e iniciador del acto, y por último, de las altas autoridades sanitarias que, con el señor Ministro de Trabajo, Sanidad y Previsión

al frente, han querido honrarnos, presidiéndonos en esta sesión y asociándose material y espiritualmente a nuestro homenaje.

Y aquí tenéis las adhesiones llegadas de todas las zonas de nuestra patria, y en las cuales, con diferencia en la forma, ya que cada cual tiene su técnica propia para la exteriorización de sus sentimientos, pero con idéntica emoción en el fondo, se manifiesta la condolencia de miles de sanitarios españoles por la pérdida nacional que supone la muerte de D. Santiago Ramón y Cajal, y la admiración por su obra inmortal.

Y aquí nos encontramos reunidos todos, y con esto termino mi epistódica y formularia intervención, asociándonos al acto, los oradores con su palabra, vosotros con vuestra asistencia y los ausentes con sus adhesiones, para rendir manifestación pública y solemne de nuestro desconsuelo por vernos privados para siempre de la presencia del más ilustre de nuestros compañeros, y de gratitud al sabio insigne que con los destellos de su genio orientó científicamente y encauzó con firmeza, en los días difíciles y duros de su iniciación, en que más que servicio público era apostolado, esta Sanidad española a la que todos nosotros hemos entregado sin regateo lo mejor de nuestras voluntades y los sentimientos más sinceros y más generosos de nuestros corazones.

EL INSPECTOR PROVINCIAL DE SANIDAD DE MADRID

DR. D. ENRIQUE BARDAJÍ

siguió, y dijo :

Pocas veces me he encontrado en condiciones más difíciles que las actuales debido a que me abrumba la representación que mis compañeros del Cuerpo de Sanidad me han otorgado en este acto. Acto de verdadera simpatía, porque juntos padecemos y sufrimos la pérdida del maestro ; pérdida de su envoltura carnal, corpórea, física, porque Cajal perdura en sus enseñanzas y en sus obras y en sus discípulos. No lo fuí yo, aun cuando con él estudié dos cursos en la Facultad de Medicina, pero no conviví con él, no tuve esa fortuna, y no puedo hablar, por consiguiente, de aquellas cosas íntimas que hicieron de Cajal un maestro en todos los momentos y actuaciones de su vida.

Ejemplo notable de una inteligencia sobrehumana al servicio de una férrea voluntad. Quiso ser pintor, y fué pintor ; quiso ser médico, y fué médico, de tal linaje que su fama traspuso las fronteras y fué un valor mundial ; y aunque no quiso ser literato, su estilo es envidia de los literatos, y sin querer ser filósofo, Joaquín Costa le calificó del primer filósofo español.

Otros, en esta sesión, nos hablarán con toda autoridad de sus geniales descubrimientos, pues, para gloria de la ciencia española, fueron sus discípulos, y algunos están presentes ; otros, por desgracia, rindieron su tributo a la muerte y amargaron con su prematura desaparición los días de Cajal.

Fué por encima de todo un español, y sintió España con toda su alma, y no podía por menos de serlo quien tenía por nombre el más español de todos : Santiago, nombre que llevaba un protagonista galdosiano, y por apellidos Ramón y Cajal, con una erre y una jota tan ca-

racterística de nuestra fonética. Y justo es, y perdonenme sus hijos, ya que en estos momentos vengo a aumentar su tristeza con otro recuerdo doloroso, que se lo consagremos a la compañera de su vida, tan española como él, que supo alentarle en los muchos momentos difíciles, llegando en el que él calificó de año cumbre, a despedir a la criada al nacerle un nuevo hijo, y cuando el método de Golgi comenzaba a ser fecundo en sus manos, porque los ingresos no bastaban a sostener las necesidades de una familia ya numerosa.

De todos los momentos de la vida de Cajal yo me complazco en presentármele cuando a raíz de la pérdida de nuestras colonias, invitado por los Estados Unidos, volvió a surcar el mar tenebroso que por primera vez cruzaran naves españolas, para reconquistar a aquella América que torpezas y cobardías habían separado de España, y reconquistarla, no por las armas, sino por las ideas, conquista ésta más definitiva que la otra.

Lamentamos la desaparición del maestro, pero no somos justos si decimos que Cajal ha muerto, pues del mismo modo que los cortesanos decían: «el Rey ha muerto, ¡viva el Rey!», nosotros tenemos que decir: «Cajal ha muerto, ¡viva Cajal!»; porque eternamente, aun en la oscuridad de su tumba, la luz de su inteligencia brillará iluminando el camino de la ciencia española.

EL SUBDIRECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD
JEFE DE LA SECCIÓN DE FARMACOBIOLOGÍA

PROF. D. TEOFILO HERNANDO

dijo:

Me cabe el honor de llevar en esta velada la voz del Instituto de Farmacobiología. Como en otras ocasiones, rehuyo acumular palabras elogiosas que «a todos nos pasan por la mente y a todos les vienen a los labios», pensando en el hombre que acabamos de perder; en cambio, como siempre, me preocupa, por el interés que tiene para nuestra patria, el estudio del «caso Cajal».

Este estudio podría comprender, y yo no puedo desarrollarlo en este momento, la significación que tiene su nacimiento y formación en nuestro país, el valor de la obra que realizó durante su vida, y, finalmente, el aprovechamiento de la herencia que nos ha legado con su muerte.

En cierta ocasión dije que el contar en nuestro país con un hombre como Cajal debía alegrarnos y enorgullecernos, no sólo, y es mucho, por su enorme labor personal y por la de sus colaboradores y discípulos, entendiendo por tales a los que lo han seguido en el campo de su especialidad, y a todos los españoles que han recibido algún destello de su magnífica inteligencia, de su bondad ilimitada y de su exaltado patriotismo. La significación de Cajal es además otra. En España, donde hemos tenido pintores, literatos, navegantes, etc., y acaso hombres de ciencia comparables y aún superiores a los de otros países, no hemos tenido un hombre de ciencia del temple y de la magnitud de Cajal. Esto, a mi manera de ver, tiene el mismo significado que el que tendría para un naturalista, preocupado con la existencia de cierta especie botánica, el hallazgo de un primer ejemplar en un determinado

país. Tiene la significación de que «aquella especie se puede dar». Es decir, que cuando se dude por alguien de la capacidad de nuestra España para producir hombres geniales en la investigación científica, fundándose en casos discutibles, siempre podremos oponerle un nombre indiscutible: el nombre de Cajal.

Con motivo de la existencia de cada grande hombre, se plantea de nuevo el problema de la parte que tuvieron en su formación la disposición individual congénita y la que corresponde al medio en que nació y vivió. Carlyle, Nietzsche, etc., conceden gran valor a la aptitud personal, y no faltan otros que creen en la primordial importancia del medio social.

Empiezo por afirmar que, sin ningún género de duda, yo me encuentro al lado de los primeros, y creo que el hombre superior en genio puede surgir, crecer e imponerse en el medio más hostil.

El mismo Cajal es un ejemplo de ello, como puede verse al leer sus Memorias.

Ahora bien: es muy posible que el ambiente sea capaz de modelar y encauzar las actividades geniales. Esto explica el predominio de un tipo de hombres superiores (santos, caudillos militares, hombres de ciencia, artistas, etc.) en una época de la Historia o en un determinado país.

Más importancia que en la formación del genio tiene el medio ambiente en el aprovechamiento de su valor y en la fructificación de las ideas por él sembradas.

¿Qué hubiera sido de los fundadores de religiones si no hubieran tenido discípulos capaces de comprenderlos y de propagar los principios por ellos expuestos?

Por fortuna para todos, la labor de Cajal en el campo de la Histología no terminará en nuestro país con su desaparición. Además de su labor personal ha sabido crear una recia escuela. Quizá pudiéramos decir varias escuelas, con focos en diversas partes de España, que auguran

por mucho tiempo una aportación nacional en el campo de los estudios de microscopia capaz de competir con las de los principales países, y en muchos casos, de superarla.

Ahora bien: a todos los españoles a quienes nos interese la suerte de nuestra patria nos toca, en la medida de las posibilidades de cada cual, predicar y practicar su ejemplo para conseguir que la investigación científica prenda y se desarrolle en los diversos dominios del saber. Es necesario que todos sintamos y propaguemos la fe en Cajal. Este será el modo de conservar la esperanza de que algún día venga el hombre que le sustituya. Ahora bien: este hombre es posible que se dé en un campo muy diferente, pues, como ha dicho un pensador americano, cuando desaparece un hombre superior, su clase se extingue con él; pero —agrega— este hombre superior surgirá en una disciplina distinta. No tendremos un histólogo de su magnitud; pero surgirá un político, un matemático, un filósofo, un ictiólogo, etc., otro hombre, en fin, en el que encarnen las posibilidades geniales que parecen darse ahora en nuestro país.

Muchos que se lamentan de grandes y aun de pequeñas pérdidas materiales no saben lo que hemos perdido con la desaparición de Cajal. No es la escasez del dinero, sino la de hombres y talentos la que hace que un país sea débil. La muerte de nuestro sabio maestro y bondadoso amigo ha coincidido con un momento en el que España entera se encuentra conmocionada por el golpe que acaba de sufrir, caro en vidas humanas, que ha llevado el dolor y la desolación a muchas familias y aun a regiones enteras, y que nos entristece y preocupa a todos los españoles. Ha venido a sumarse a este gran dolor la pérdida de Cajal, de cuya magnitud quizá no se hayan dado cuenta muchos españoles por sorprenderlos en un momento de semianestesia, producida por la otra desgracia.

Es preciso que, pasadas las horas o los días de recogimiento, no nos dejemos deprimir por tales desdichas; por el contrario, hay que pedir a

todos, sacando fuerzas de flaqueza, aumenten su energía para ver de reparar las hondas heridas que en este momento sufre nuestra patria. Para ello es también necesario sustituir el rencor por el amor hacia los demás, que es amar al país.

No sé cómo terminar ni qué palabras decir que expresen toda mi admiración por Cajal ni todo mi dolor por su pérdida. Se cuenta que don Luis de Avila puso entre los bustos de Augusto y de Antonino el de Carlos V con esta sola inscripción: «Carlos V, y está dicho todo. (Carolo V, et e anai questo.)» Así termino yo: «Cajal ha muerto, y está dicho todo».

EL SUBDIRECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL DE SANIDAD

JEFE DE LA SECCIÓN DE HIGIENE

PROF. D. FRANCISCO TELLO

pronunció a continuación, el discurso siguiente:

Por imperio de la fatalidad, cuando me alejaba, quizá definitivamente, del Instituto, sin valor para despedirme de vosotros, por temor a la profunda emoción que había de producirme la separación de tantos buenos amigos, con los que había convivido en los treinta años que he pertenecido a la patriarcal institución, modelada por el gran maestro, he de volver corriendo para tomar parte en la oración fúnebre con que despedís para el viaje eterno a nuestro fundador. Si la emoción que hubiera podido producirme el encontrarme entre vosotros, en una cordial despedida era temida por mí, ¡cómo será hoy!, en que además sentimos el definitivo vacío del que nos reunió, nos alentó, nos defendió, haciendo gala de una finura sentimental exquisita. Ante la inhibición que en estas circunstancias habrían de sufrir mis escasas dotes oratorias, me decido a traer escrito mi mensaje.

Vuelvo para sumar mi voz en vuestro coro, con la tristeza infinita del motivo, pero con el confortamiento de que en ninguna parte, fuera de aquí, podré estar en una comunidad que más se haya identificado con su afecto y le siente más cercano. En otras instituciones, dedicadas a lo que era la principal afición del maestro, yo, que le he seguido en sus actividades: investigadora, docente y orientadora, he podido ver cómo entre los investigadores, formados en incubación, prendía con frecuencia la discordia, por celos de afecto, que impedía la mutua estimación necesaria, para crear el fondo del común cariño al maestro; el contacto universitario con el profesor es tan fugaz que raramente produce afectos hondos. Donde el maestro ha sido más bien orientador con

su ejemplo, con su consejo, domina un amor más puro, es decir, sin mezcla de otros apetitos; esto lo he podido comprobar entre físicos, naturalistas, ingenieros, etc., y culmina en nuestro Instituto, colocado en una situación intermedia, ya que estando sometido a una acción más directa se ocupa de una de las especialidades a la que dedicó menos atención.

La afición de don Santiago —permitidme que le siga llamando como si estuviere entre nosotros —a la Microbiología comenzó en 1885, siendo catedrático de Anatomía en Valencia, con motivo de la epidemia de cólera que asoló a España, y especialmente a la región de Levante en aquella época. «El cólera, que hizo tantos estragos en Valencia y su comarca —dice en los *Recuerdos de su vida*— me obligó temporalmente a abandonar las células y a fijar mi atención en el *bacillus comma*, el insidioso protagonista (recién descubierto por Koch en la India) de la asoladora epidemia... En el horizonte científico surgía un nuevo mundo: la *Microbiología*, consagrada al estudio de los microbios o bacterias (hongos archimicroscópicos, agentes de las infecciones), y al mecanismo de su acción patógena sobre el hombre y los animales. Las novísimas y sorprendentes conquistas de Pasteur y Chauveau, en Francia, y de Koch, Cohn, Löffler, etc., en Alemania, atrajeron vivamente la atención de los micrófagos, muchos de los cuales desertaron del viejo solar histológico fundado por Schwann y Virchow, para plantar sus tiendas en el terreno, casi virgen, de los invisibles enemigos de la vida. Yo sufrí también el deslumbramiento del nuevo astro científico, que iluminaba con inesperadas claridades los tenebrosos problemas de la Medicina. Y cedí durante algunos meses a las seducciones del mundo de los seres infinitamente pequeños. Fabriqué caldos, teñí microbios y mandé construir estufas y esterilizadores para cultivarlos. Ya práctico en estas manipulaciones, busqué y capturé en los hospitales de los cólericos el famoso vírgula de Koch, y díme a comprobar la forma de sus colonias en gelatina y agar-agar, con las demás propiedades bioló-

gicas, ricas en valor diagnóstico, señaladas por el ilustre bacteriólogo alemán.» Mas, como al mismo tiempo recibiera de la Diputación provincial de Zaragoza el encargo de emitir dictamen sobre las vacunaciones anticoléricas del Dr. Ferrán, se dedicó también con ardor a este problema.

Los resultados de estos trabajos fueron dos importantes monografías. La primera *Estudio sobre el microbio vírgula del cólera y las inoculaciones profilácticas*, editada en 1885 por la Diputación de Zaragoza, contiene la demostración experimental de la posibilidad de vacunar con microbios muertos, es decir, con sustancias químicas; la experiencia fué practicada en 10 de junio de 1885, inoculando a un lote de seis conejillos de Indias 3-5 c. c. de cultivos en caldo, de cuatro días, muertos en baño María a 100°, e inyectándoles de nuevo a los ocho días con 3 c. c. de cultivo vivo de veinticuatro horas. Y dice en las conclusiones: «Parece probable que no es el vírgula precisamente el que presta inmunidad al organismo de los conejos para nuevas dosis más potentes de cultivos, sino ciertos productos engendrados por él, no descomponibles a la temperatura de 100°. Y es de notar también que estos animales de pequeña talla, que sin previa vacuna no tolerarían una dosis de 5 c. c. apenas sienten efectos morbosos cuando reciben hervida esta misma cantidad». Ferrán y Pauli comunicaron a la Academia de Ciencias de París hechos semejantes en enero de 1886, y Salmon y Schmidt, a quienes se atribuye el procedimiento, lo publicaron en la Sociedad de Biología de Wáshington, en febrero de 1886. En este caso, como en tantos otros, el escaso conocimiento del castellano en el extranjero y la reducida difusión de nuestras publicaciones, ha malogrado el reconocimiento al maestro de un mérito indiscutible.

En esta misma monografía demuestra ya su habilidad técnica con el método que describe para examinar al microscopio las colonias en gelatina mediante la desecación rápida con el alcohol y la coloración subsiguiente con colores de anilina, sirviendo para probar la rapidez de la

liquefacción de la gelatina, pues no encontraba colonia, por pequeña que fuera, que no se hallara rodeada por un halo dependiente de la deshidratación de la gelatina liquidada. Describe también la distinta morfología de las colonias, según la densidad del terreno; encuentra el vírgula en las aguas corrientes y enumera otros microbios de las aguas y de las heces, entonces todavía no descritos.

La segunda, mucho más breve, se ocupaba exclusivamente de las formas involutivas y monstruosas del microbio, y fué publicada por *La Crónica Médica*, de Valencia, en diciembre del mismo año. Estas formas involutivas fueron descritas e interpretadas del mismo modo, sin citarle por desconocimiento, ocho años más tarde por Podwissowky. Ambas han sido reproducidas en el primer tomo de sus obras completas que editó la Junta para el homenaje al maestro con motivo de su jubilación; esperamos que continúe ahora esta edición con la ayuda del Estado como tributo póstumo.

Estos primeros trabajos de don Santiago, llenos de agudas observaciones, de pericia técnica y de rigor experimental, constituían una halagüeña promesa de lo que hubiera sido capaz de realizar en el campo de la Microbiología, que comenzaba, y sin embargo se impuso el anatómico, prefiriendo el análisis de las maravillas estructurales de los seres superiores. La Diputación de Zaragoza, agradecida a su informe, le regaló un magnífico microscopio Verick que le permitió abordar los más finos problemas de la estructura celular.

«La Histología —dice el maestro— es ciencia modesta y barata. Adquirido el microscopio, redúcese el gasto a reponer algunos reactivos, poco dispendiosos, y a procurarse de vez en cuando tal cual rana, salamandra o conejo. Pero la Bacteriología es ciencia de lujo. Su culto requiere toda un arca de Noé de víctimas propiciatorias. Cada experimento encaminado a fijar el poder patógeno de un germen o la acción de toxinas y vacunas, exige una hecatombe de conejos, conejillos de Indias, a veces de carneros y caballos. Súmese a esto el dineral que cuesta

la cría y reposición de tantos animales de experimentación, amén del gasto de gas indispensable al régimen de autoclaves y estufas de esterilización y de cultivo.

»Tal fué la consideración, harto prosaica y terrena, que me obligó a guardar fidelidad a la religión de la célula y a despedirme con pena del microbio, al cual sólo de tarde en tarde, con ocasión de análisis periciales o investigaciones comprobatorias, me digné saludar, penetrado de ese afecto respetuoso, no exento de envidia, con que saludamos al amigo millonario, de quien nuestra inopia nos aleja irremediablemente.»

De acuerdo con estas palabras, el maestro se dedicó de lleno a la Histología, pero como catedrático de Anatomía patológica a la par, no pudo abandonar por completo los microbios hasta su jubilación. De cuando en cuando, algún trabajo de histología patológica relacionado con las infecciones, ha demostrado esta relación como las noticias sobre la «Conservación de las preparaciones de microbios por desecación», en 1889, y el artículo «Sobre las células gigantes de la lepra y sus relaciones con las colonias de bacilo leproso», en 1890.

Pero si la investigación microbiológica se vió desamparada por el maestro, su influencia en la Sanidad española ha sido enorme desde la dirección del Instituto Nacional de Higiene, creado en 1899 con el nombre de Instituto de Vacunación, Bacteriología y Sueroterapia. En este hecho trascendental para nuestra Sanidad, tuvo la iniciativa otro talento preclaro de la Medicina española, sin duda el que más importante y benéfico influjo ejerció sobre la Sanidad en el siglo pasado: el doctor Cortezo. De la conjunción de estos dos espíritus próceres surgió nuestro Instituto. He aquí cómo describíamos este interesantísimo momento, con motivo de la jubilación de catedrático del maestro:

«Era a la sazón Director general de Sanidad D. Carlos M. Cortezo. Culto en extremo y conocedor de las entonces nuevas orientaciones de la terapéutica y profilaxis de las enfermedades infecciosas, tuvo la intuición genial de crear un Centro del Estado que se dedicara a la pre-

paración de sueros y vacunas, ya que la iniciativa particular limitábase por entonces a los meritisimos esfuerzos de Ferrán en Barcelona, y Llorente en Madrid. El Instituto de Vacunación del Estado sólo preparaba vacuna antivariólica, de manera a todas luces insuficiente. Ante la rotunda negativa de su gran amigo, el entonces Ministro de Hacienda señor Villaverde, ocupado en el famoso presupuesto de reconstrucción, a quien se dirigió en solicitud de los recursos necesarios para la realización de la idea, el Dr. Cortezo tuvo que optar entre renunciar a lo que él estimaba de enorme trascendencia para la Sanidad española, o requerir la linterna de Diógenes en busca del sabio abnegado y patriota que fuera capaz de dar cima a la empresa con las 32.009 pesetas que, como tal dotación, tenía el Instituto de Vacunación.

»La fina sensibilidad de su cerebro superior, que le había hecho sentir la necesidad, le encaminó, certera, hacia el único hombre capaz de llevarla a cabo: este hombre fué Cajal. «Conste, nos decía nuestro admirado y bondadoso amigo, que entonces apenas conocía yo personalmente a Cajal; no había tenido ocasión de hablar con él quizá dos veces en mi vida, y una de ellas, la primera, en circunstancias excepcionales, que tal vez él ya no recuerde. Verificábanse las célebres oposiciones a la cátedra de Histología de Madrid, en que luchaban un hombre de gran talento y cultura, Simarro, por quien tenía yo una admiración grandísima y un afecto profundo, y Cajal, para mí como para la mayor parte de los españoles, todavía ignorado. En la Puerta del Sol, cerca de la Librería de San Martín, me encontré a Simarro, acompañado de un desconocido. —¿Cómo lleva usted a ese Cajal? —le pregunté—. Y por el embarazo de Simarro comprendí que acababa de cometer una indiscreción, pues el acompañante era el propio Cajal. Simarro, con una habilidad y un trato de gentes en él proverbiales, hizo nuestra presentación, y, como es natural, yo me apresuré a deshacerme en excusas; pero el genial aragonés me atajó abriendo un libro alemán que llevaba consigo, en el que se le citaba repetidamente, y mostrándomelo añadió:

—No se moleste usted en excusarse; a mí las opiniones que verdaderamente me preocupan son éstas. Desde entonces no le perdí de vista, y aunque no tuve con él trato personal, seguía con admiración su obra y sus triunfos. Le llamé a mi despacho, le expuse mis deseos, y entonces acabé de conocer el patriotismo y la abnegación de este español singular; aceptó sin la menor protesta en bien de la patria, y el Instituto fué un hecho.» Con el puñado de pesetas que constituía la dotación del Instituto de Vacunación del Estado, el derecho a utilizar los ingresos que proporcionara la venta de sueros y vacunas y la realización de análisis para remunerar al personal y mejorar el material, y unos pocos donativos de particulares, comenzó a funcionar el Instituto meses después, en un edificio alquilado por el Estado en la calle de Ferraz para Parque sanitario, que apenas tenía aparatos.

»Otro de los aciertos de Cortezo, digno de loa en un país donde la mayor parte de los políticos, sanitarios o no, se desviven por tener destinos con que favorecer a sus amigos, fué dejar en completa libertad a Cajal para el nombramiento de personal. Quien tan profundo sentimiento poseía de la ciencia y el patriotismo, había de tener un cuidado exquisito en la selección de sus colaboradores, según hace resaltar en los siguientes párrafos que dirigió al personal del Instituto con motivo del homenaje rendido al dimitir la Dirección: «Verdad es que, por fortuna, no necesitan ustedes valedores. Esta es la más alta ejecutoria reservada a quien, inspirado en móviles patrióticos, buscó las capacidades para los cargos de grave responsabilidad, en vez de buscar los cargos para los amigos. Sentiría que se tomara a vanagloria mi tenaz empeño, demostrado durante la creación del Instituto, en acoger para la obra común colaboradores cultos y mentalmente robustos, como presagiando el día en que entibiado o desviado quizá el favor oficial, tendría cada cual que apoyarse sobre el pedestal de los propios méritos y en la eficiencia social de sus trabajos. Hoy reconozco a *posteriori* la excelencia de tal modo de selección; con la colaboración entu-

siasta de ilustres colaboradores, que no menciono porque están en la memoria de todos, siéntome orgulloso de haber contribuido a la formación y crecimiento de un organismo vivo y perenne, capaz de desafiar intromisiones, bien intencionadas, pero no siempre convenientes, de los próceres de la política y de la administración». El siguiente hecho, basta para demostrar el rigor con que aplicó las anteriores reglas de conducta; después de bastante tiempo de funcionar el Instituto, sin que el personal percibiera otra remuneración que las pequeñas cantidades repartidas a cuenta de los escasísimos ingresos por ventas y análisis, llegó el ansiado día de que en los Presupuestos del Estado figuraran mezquinas gratificaciones para el personal, y Cajal propuso a la superioridad el nombramiento de los que, hasta entonces, habían trabajado gratuitamente; el Ministro de la Gobernación, ya difunto, que tenía un pariente médico desconocedor de la Bacteriología y de los trabajos del Instituto, borró al que figuraba el último de la propuesta y nombró en su lugar al pariente; Cajal acató la decisión ministerial, pero estuvo pagando el sueldo del excluido, con las cantidades que le correspondían a él personalmente, hasta que un cambio de política permitió deshacer el entuerto.

»La abnegación y el patriotismo del maestro se contagió a los colaboradores; con sueldos mezquinos continuaron trabajando como si estuvieran espléndidamente pagados, y el Instituto fué creciendo en la producción de sueros y vacunas y en la realización de análisis; sin mejora de retribución, se le pidió que contribuyera a la preparación del personal sanitario, y emprendió una enseñanza, cada vez más perfeccionada, de la Bacteriología y otras cuestiones relacionadas con la Sanidad; el espíritu investigador se fué infiltrando, y después de recoger sus primeros balbuceos en la *Revista del Laboratorio de Investigaciones Biológicas*, cristalizó en el *Boletín* y más tarde en los *Archivos del Instituto*; finalmente, se solicitó la cooperación del personal para combatir las epidemias, y acudió solícita y eficazmente en numerosas oca-

siones, llegándose a constituir un nuevo servicio de Epidemiología, que ha alcanzado un gran desarrollo.»

De la inmensa influencia que el Instituto ha tenido en el desenvolvimiento de la Sanidad española, no hay que hablar en este momento, porque es bien conocida de todos. D. Santiago, con su modestia característica, explica en tres líneas de sus *Recuerdos* la parte que le corresponde de esta obra, del siguiente modo: «En cuanto a mí, sólo puse interminables y enfadosas gestiones oficiales, mi buena voluntad y el designio irrevocable de que la actuación del Instituto se desarrollara en un ambiente de probidad científica y de austeridad económica». Esto que a él, rabiosamente probo y austero por temperamento, se le antoja labor menuda, era, sin embargo, ciclópea tarea en el ambiente español, completamente opuesto; no obstante, él lo consiguió por su ejemplo, por sus normas en la selección del personal, por la continua sugestión de aquellas inolvidables charlas, en que con su extraordinaria cultura y clarividencia, trataba de cuantos asuntos surgían en el Instituto o en la vida corriente, por la justicia y bondad con que resolvía todas las cuestiones.

Su bondad sin límites irradiaba de su cabeza venerable y clásica, tan pronto como el trato más somero, rompía la corteza de desatención con que proverbialmente defendía el tesoro de sus inagotables meditaciones, y era uno de los más salientes caracteres de su personalidad. No resisto a la tentación de recordar las acertadas y brillantes palabras con que el Dr. Cortezo hace la semblanza del Maestro, resaltando esta cualidad: «Contemplando pasar ante nosotros a Cajal consagrado, debemos mirar bien y no llevar de él la impresión de su cabeza cana, su mirar absorto, su andar y su vestir desenfadado, porque no es esa la verdad. Mirad bien a Cajal: es siempre el niño y siempre el mozo, y siempre el hombre y siempre el viejo. Para las entidades espirituales como la de Cajal, la edad nunca existió; nacieron viejos y morirán niños. La bondad de Cajal se asoma de su alma, como un

niño a una nube de plata, entre sus barbas de anciano. Como Tolstoi, fué bueno siempre, aun las veces que puso empeño en no serlo; la honda cavilación de su mirada, que hoy ya tanto vió de misterioso, fué la misma en los años de niño ante el animalejo investigado, ante los juegos de la luz en la sombra de su penal de incorregible muchachuelo; la habilidad manual que hoy dispondría, como tantas veces, un artificio investigador, es aquella misma del fabricante de hondas y silbatos, de cañones y gazaperas; y el arte copiador de los fenómenos microscópicos, dibujara en sus años mozos las labores de disección, copiara el campo y satirizara al dómine y al amigo.

»El ejemplo para todos, no es Cajal mundialmente ilustre, con la aureola de los más altos señalamientos; no lo creáis así. Cajal, para los que deben amarle, venerarle y copiarle en su corazón, es el *Santiago de Ayerbe* y el *Santiago Ramón*, de Zaragoza, Valencia y Madrid, que son la base, que son la lucha, que son el axon misterioso, capaz de la regeneración del tejido impalpable del espíritu cuantas veces atenuado o roto, por los desalientos, las contrariedades y las miserias, cese su continuidad y peligre su noble función en el individuo, en la nación y en la sociedad universal.»

Veinte años duró su acción directa sobre el Instituto. En los últimos días del año 19, cuando regresaba de un viaje oficial por el extranjero, me encontré con la triste sorpresa de que D. Santiago había dimitido. En sus *Recuerdos* la explica así: «Y cuando muchos años después (1920), fatigado y enfermo, advertí con satisfacción que la obra común tenía raigambre en la opinión pública y había alcanzado vigor y estabilidad, dimítí, entregando a un sucesor joven, competente y capaz, y a unas manos fuertes y expertas, la dirección de un Instituto al que, si podía rendir el amor y el entusiasmo de otras veces, no me era ya dable atenderlo, como en más felices tiempos. Que es máxima discreta, según decía Gracián, «tener un buen deajo», es decir, abandonar los cargos antes que nos abandonen». Más de una

vez me había comunicado su deseo de limitarse a sus labores histológicas, a fin de dedicarles todas sus facultades, algo mermadas por la edad, pero siempre le habíamos convencido de que esto era más bien preocupación de su codicia para el trabajo que evidente realidad, por lo que no acertaba a comprender el verdadero motivo de su rápida determinación durante mi ausencia; después conocí la verdad, que constituye una nueva prueba de su bondad consustancial, y añadía un motivo más a mi agradecimiento.

A pesar de su alejamiento, su influencia persiste; los que estuvieron a su lado, le conservan en el corazón y en el cerebro como ejemplo y estímulo, y los que no han tenido esa suerte, por razones de edad, han aprendido a quererle e imitarle, al través de aquéllos, y en todas las ocasiones propicias, jubilación, sucesos familiares, etc., el personal se ha asociado cordialmente en bloque. Yo mismo hubiera fracasado, al ocupar el hueco que había dejado, cuando se marchó, si el admirable terreno que él había preparado no hubiera hecho fácil mi tarea.

Hace poco más de un año, sintiendo decaer su fuerza muscular, en la imposibilidad de dedicar al Instituto que lleva su nombre la atención de antes, me requirió para que le ayudara intensamente, y me vi en la, para mí triste, necesidad de pensar en dejar la dirección de este Instituto, en que tan a plena satisfacción había trabajado durante años. A este pesar mío correspondía el de la mayor parte del personal, que había sabido perdonarme las durezas de mi carácter, por la bondad de mis intenciones, y he ido retrasando el momento de la separación mientras fué posible; cuando me pareció que esta situación no podía continuar, por sensible que fuera la separación, he pedido la excedencia.

Al partir, se alivia mi dolor pensando que voy a cumplir de nuevo un deseo del Maestro, que ha sido el orientador de mi vida, y que me sustituye el profesor Pittaluga, que sin ser discípulo directo de D. Santiago, por haber llegado a España en plena formación, ha esta-

do siempre en tan íntima relación con él, antes y después de ingresar en este Instituto, que esperamos mantendrá la orientación que aquél le dió, y le llevará al esplendor a que es acreedor.

El Maestro ha muerto; lloremosle honda y sinceramente, pero conservemos su amor en el corazón, y en el espíritu, las palabras con que se despidió en sus *Recuerdos*: «He procurado que mi vida sea, en lo posible, de acuerdo con el consejo del filósofo, poema vivo de acción intensa y de heroísmo tácito, en pro de la cultura científica. Pobre es mi obra, pero ha sido todo lo intensa y original que mis escasos talentos consintieron. Para juzgarla con algún conocimiento de causa, bastará recordar lo que era la Histología hispana, cuando yo empecé tímidamente, en 1880, y lo que representa en la actualidad. Lejos estoy —lo he dicho ya— de excluir otras valiosas colaboraciones: séame, empero, permitido pensar que mi obstinada labor ha entrado por algo en el actual renacimiento biológico de mi país.

»Doy por seguro y hasta por conveniente, que en el fluir del tiempo, mi insignificante personalidad será olvidada; con ella naufragarán, sin duda, muchas de mis ideas. Nada puede sustraerse a esta inexorable ley de la vida. Contra todas las alegaciones del amor propio, los hechos vinculados inicialmente a un hombre, acabarán por ser anónimos, perdiéndose para siempre en el océano de la ciencia universal. Por consiguiente, la monografía impregnada todavía del aroma humano, se incorporará, desligada de sentimentalismos, en la doctrina abstracta del libro de conjunto. Al sol caliente de la actualidad, sucederá —si sucede— la fría claror de la historia erudita...

»Mas no tengo el derecho a afligir con reflexiones melancólicas. Rechacemos la tristeza, madre de la inacción. Preocupémonos de la vida, que es energía, renovación y progreso. Y continuemos trabajando. Sólo la acción tenaz, en pro de la verdad, justifica el vivir y consuela del dolor y de la injusticia. Sólo ella posee la peregrina virtud de convertir al oscuro parásito social en héroe de leyenda.

»Y cultivemos, repito, nuestro jardín —según decía Voltaire— cumpliendo en lo posible el doble y austero deber de hombres y patriotas. Para el biólogo, el ideal supremo consiste en resolver el enigma del propio yo, contribuyendo a esclarecer al mismo tiempo el formidable misterio que nos rodea. No importa que nuestra labor sea prematura e incompleta; de pasada, y en tanto alborea el ansiado ideal, el mundo se dulcificará gradualmente para el hombre. La Naturaleza nos es hostil, porque no la conocemos; sus crueldades representan la venganza contra nuestra indiferencia. Escuchar sus latidos íntimos con el fervor de apasionada curiosidad, equivale a descifrar sus secretos: es convertir la iracunda madrastra en tiernísima madre.

»¿En qué más noble y humanitaria empresa cabe emplear la inteligencia?...»



PROF. D. GUSTAVO PITTALUGA

siguió, pronunciando las siguientes palabras:

Era nuestro propósito —y otros lo han hecho y lo harán en la forma adecuada— conmemorar la obra de D. Santiago Ramón y Cajal en uno de sus aspectos: como partícipe y guía del movimiento fecundo que preparó, en los comienzos del siglo, la organización de la Sanidad pública y de sus instituciones fundamentales en nuestro país.

Pero ¿cómo separar esta actividad peculiar y darle resalte en el conjunto armonioso de una personalidad en que todo —gestos y palabras, intenciones y actos, meditación y trabajo, intimidad y política— pareció obedecer a una norma secreta de conducta, recatada y apasionada a un tiempo, henchida de pasión por España?

Técnica y ciencia son además valores universales que requieren para su apreciación medida —para que de esta misma medida surgieran, en este caso de un examen de la obra de Cajal, la admiración y el estupor— un cierto sosiego de la mente colectiva de la nación.

Eran en Cajal técnica y ciencia el resultado natural —esto es, simple, sencillo— de una secreta actividad movida por la fe. Como los grandes ríos que fecundan las tierras lejanas brotan en lo alto de las sierras en manantiales recatados y perennes, y luego se nutren de todas las nieves y de todas las lluvias que caen sobre el suelo sediento de la patria, así la empresa gigante de Cajal fluye, enriquecida luego por las aportaciones de un inmenso trabajo propio y ajeno, desde el recóndito seno de su personalidad humana, animada por un impulso inextinguible, que en sus fuentes más hondas nacía del rencor contra una historia inmerecida por su país, del encono contra un mito de incapacidad que había de destruir con un gesto creador.

Es la grandeza de ese gesto lo que conmueve nuestro ánimo. Para comprenderlo, claro está, hay que conocer la magnitud del propósito, la pobreza de los medios, las dificultades del ambiente, el obstáculo de la indiferencia, la hostilidad de los extraños, la solidez de los resultados, el tardío acatamiento del mundo entero a este esfuerzo magnánimo coronado por el éxito. Pero el conocimiento de todos estos factores —positivos y negativos— del triunfo científico de Cajal no nos da todavía la medida de aquel impulso primario, del ímpetu contenido de aquella voluntad asentada frenéticamente sobre un amor entrañable, con aquella forma específica del «querer» que es peculiar de algunos espíritus próceres.

Este fué Cajal. Este ha sido por encima de todo. Sus desdeñosas rebeldías contra la mediocridad cuando participaba en la guerra de Cuba; su esquiva soledad de trabajador silencioso —más tarde, en las Universidades de Zaragoza, de Barcelona, de Madrid—; sus «raptus» polémicos, ardorosos y lancinantes —flechas a veces, a veces martillo—; su persistencia en los temas escogidos hasta desmenuzarlos, desentrañarlos, desintegrarlos, hasta llegar a la esencia de las cosas; todo esto y mucho más no fué otra cosa sino un propósito inquebrantable de imponer el nombre de España en el mundo con una obra merecedora del asentimiento universal.

Este amor de España es su grandeza. Sépanlo así los españoles en esta hora en que parecen desgarrarse tantas cosas y en que se abre quizá el cauce fecundo para una renovada vida nacional. Sépanlo y sientan todos, en la dolorosa emoción de haberlo perdido, la resonancia íntima de la suprema virtud de este ejemplo.

Y nosotros los funcionarios de la Sanidad pública de España veamos en él un estímulo perenne para cumplir con nuestro deber, no en la forma pasiva en que el deber es sinónimo de resignada tarea, sino en la forma exaltada y entusiástica en que cada uno siente la nobleza y la responsabilidad de su faena.

dijo a su vez :

Entre las obligaciones, muchas veces penosas, que imponen los cargos, sorprende en ocasiones el cumplimiento de alguna que, como ésta, si no es grata por lo triste de su motivo, es por lo menos confortadora; consuela tener ocasión de manifestar públicamente puros y acendrados sentimientos de afecto y de gratitud.

No otra cosa que gratitud y afecto puedo expresar al ocuparme de la excelsa figura de Cajal, ni otra cosa fuera permitida entre valores tan desproporcionados como el inconmensurable que pertenece a su personalidad, y el insignificante que a la mía corresponde. Considero, pues, una osadía por mi parte intentar la crítica o el comentario de la labor científica, docente, social, política o literaria de Cajal, aun cuando sólo fuera en el sentido encomiástico que merece, y tanto más cuando lo han hecho o han de hacerlo personas de valor superior al mío y, por consiguiente, más próximo al suyo, poniendo en ello una mayor justicia y acierto en el comentario y, por lo menos, el mismo cariño que yo hubiera podido poner.

He de ocuparme de D. Santiago, y permitidme el empleo de esta designación familiar, exclusivamente desde su aspecto de jefe bueno; que fué buen jefe bien lo acredita, entre otras muchas cosas, el desarrollo, desenvolvimiento y prestigio de la Institución que en estos momentos nos cobija y de la que fué impulsor, director y alma, en una palabra; y algo me corresponde al decir esto de satisfacción íntima, ya que vínculos muy estrechos me unieron a otra personalidad que al fundar este Instituto, y dando pruebas de una clarividencia y acierto que el tiempo ha venido a corroborar, fué quien solicitó, requirió y designó a D. Santiago para dirigirla.

La gestión de D. Santiago como jefe tuvo modalidades de las que corresponden al padre, al maestro, al mentor, al consejero y hasta al amigo, dada su natural tendencia a disculpar y justificar los yerros de sus subordinados. Muchos estamos aquí que recordamos su gestión en esta casa: llegaba en las primeras horas de la tarde, y avisados de ello los jefes de las Secciones, acudíamos a cumplimentarle y a despachar y consultar los asuntos de trámite urgente, terminado lo cual se conversaba sobre motivos de palpitante actualidad, ajenos por lo general a la Sanidad y a la Higiene y suscitados por temas de carácter científico, político, artístico, etc.; temas que daban lugar a discusiones más o menos apasionadas entre nosotros y naturales en una edad que hoy comenzamos a recordar con tristeza. Solía cortar estas discusiones la intervención de D. Santiago que, como broche precioso, las cerraba con sus autorizadas y bien documentadas frases en una breve conferencia, que constituía para nosotros una orientación, una enseñanza o un consejo que recibíamos todos los días sobre los más heterogéneos y variados asuntos, susceptibles todos ellos, y cualquiera que fuera su naturaleza, de ser certeramente juzgados por su enciclopédico talento.

Fué un buen jefe, como correspondía a la excepcional autoridad que emanaba del prestigio irradiado por su elevada mentalidad, y fué un jefe bueno como correspondía a su gran corazón.

Hombre liberal, amplia y francamente liberal, con toda la grandeza que lleva aneja el vocablo tan lejos de la interpretación que le dan ciertos liberaloides al uso, al envolver con su capa de liberalismo bajos fondos pasionales y ambiciones de tiranuelos y dictadorcillos, patentizó su liberalismo con cualidades sobresalientes de su carácter que yo, liberal también y como tal respetuoso con los idearios ajenos, pero católico de creencias bien arraigadas, califico de virtudes cristanas; estas cualidades fueron la tolerancia, el desinterés y la generosidad.

Fué tolerante sin menoscabo de su autoridad; conocedor como nadie

de la valía personal de sus subordinados, de sus defectos y de sus buenas condiciones, supo siempre proporcionalizar la falta a la tara individual de su autor, logrando con ello fallos justos y acertados, y cayendo por lo general del lado de la benevolencia.

Fué desinteresado hasta tal punto, que nadie recordará un trámite ni una gestión suya en algo que pudiera repercutir en beneficio propio o de los suyos, contrastando ello con el interés traducido en molestias y aun sacrificios materiales y morales que mostraba en todo lo que pudiera favorecer colectiva o individualmente al personal que le rodeó durante su gestión.

Y fué generoso en extremo; dice mi buen padre en el libro que publicó como homenaje al amigo y al patriota: «Lo más admirable en la vida de Cajal es la alta generosidad, la magnanimidad desdeñosa o indiferente con que pasa en las amarguras de su vida por los nombres y las personas que tales amarguras produjeron. ¿Es desdén? ¿Es olvido magnánimo del triunfador respecto a las vilezas que retrasaron el triunfo? No. Es generosidad, es bondad de un alma sencilla que ha encontrado natural que cada ser obre, funcione y actúe como es y para lo que ha nacido. Cajal no gastó sus enojos contra gentes tales, y aún encuentra palabras de disculpa a su conducta; se diría que poeta como fué, se inspiró en el pensamiento de su hermano Lamartine cuando dice: «Que no quiere dejar tras de sí ninguna palabra hostil contra nadie. La posteridad no debe ser la cloaca de nuestras pasiones; debemos considerarla como la urna de nuestros recuerdos y no depositar en ella más que perfumes.»

Y después de estas frases, que por su origen son para mí de la mayor estimación y respeto, nada he de añadir por mi cuenta ante el temor de que pudiera perturbar la expresión de tan justo y elevado concepto.

D. ORIOL ANGUERA DE SOJO

cerró el acto con su discurso.

Comenzó lamentando ponerse por primera vez en comunicación con los sanitarios en momentos muy tristes, en días trágicos en que la muerte de Cajal y el incendio de la Universidad de Oviedo, la magnífica obra de Valdés, enlutan la vida de España, constituyendo dos pérdidas de importancia tal, que no es posible, de momento, sustituirlas con una obra y con un hombre equivalentes.

Cajal ha muerto, pero los hombres de su talla, los genios como Cajal, dejan una obra imperecedera. Murió Virchow, pero no pereció su obra, continuada por la escuela magnífica de sus discípulos. (Citó otros maestros cuyas escuelas subsisten). La obra de Cajal —añadió— le sobrevivirá largo tiempo, porque su grandeza le hizo posible la formación de una escuela, algunos de cuyos discípulos han hablado esta tarde. Una escuela que vosotros, sanitarios, trataréis de perpetuar y que hará posible que la influencia de Cajal pueda sentirse años y años en la labor de los histólogos y de los sanitarios, porque a Cajal mejor que a nadie pueden aplicarse los versos del poeta latino: «No moriré todo yo. Mucha parte de mí trascenderá los umbrales de la muerte».

Esta obra se incorporará al alma de la nación. Este hombre ilustre fué igualmente un hombre bueno, dedicado exclusivamente a la ciencia pura, a una obra de paz y de ciencia, de las que ni fenecen ni se discuten; una obra de héroe pacífico, realizada siempre en obsequio y para honor de la patria.

Esta tarde se han recordado varios de los episodios de la vida ejemplar del gran histólogo; en todos ellos se reflejan las virtudes que adornaron la gran figura de Cajal. Yo quiero recordar otro que pinta con

irazo firme la férrea voluntad de aquel hombre a quien nada distrajo de su enorme tarea. Me refiero a aquella anécdota que cuenta en sus memorias, relativa al momento para él decisivo, crítico, en que en plena juventud dióse cuenta del serio estado de su salud por el aviso de una grave hemoptisis. Pues bien, señores; en aquellos momentos en que otro hombre, puesto a meditar, viendo la posibilidad de la muerte, sintiendo la debilidad de su cuerpo enfermo, hubiese dedicado toda su atención al descanso, hubiese ablandado su carácter y, acobardado, hubiese abandonado esfuerzos y ambiciones, Cajal, por un esfuerzo de voluntad poderoso, que mostró hasta qué punto era férreo su carácter, no dejó de trabajar y, al contrario, ahondó sus esfuerzos, metodizando hasta tal punto su energía, que logró, no solamente recuperar la salud, sino iniciar además la época más interesante de sus investigaciones, que proseguirá de manera continuada hasta conquistar el mundo científico que constituye su obra, con el mismo aire triunfal con que nuestros conquistadores antiguos lograron para España otros mundos geográficos.

Terminó deseando que la obra de Cajal, la que hace imperecedera la figura del maestro, se vulgarice de modo que constituya para los españoles un estímulo y una enseñanza, y deseando que su escuela se amplíe y continúe pujante en la casa solar que para los sanitarios es este Instituto, hasta lograr que en España abunden los hombres que, como Ramón y Cajal, den a la patria gloria y prestigio.

Tanto el discurso del Ministro como los de los restantes oradores, fueron oídos siempre con respetuosa atención y con la emoción que provocaba la evocación del maestro.

Al final, y alguna vez en su transcurso, fueron muy aplaudidos.